

Cuba: Las Metáforas del color

Dr. Esteban Morales Domínguez.
Profesor Titular de la Universidad de La Habana.
Miembro de la Academia de Ciencias de Cuba.

El tema racial posiblemente sea el más “desconocido” y difícil de nuestra realidad social actual. Existen personas que no desean escuchar nada sobre el mismo. Las reacciones ante el tema racial son impredecibles, cubriendo una amplia gama de actitudes, que van desde la negación y el cinismo, hasta su aceptación más preocupada.

En el enfoque del racismo en Cuba, el temor a crear la división social siempre ha prevalecido sobre la determinación de resolverlo.

Por este motivo los negros, mestizos y muchas personas poseedoras de una conciencia sobre el tema han tenido que esperar demasiado tiempo por un debate, lo cual hoy deviene en la más flagrante contradicción y disfuncionalidad dentro de una sociedad extraordinariamente humanista, en la que se ha luchado por la justicia social y la igualdad hasta el mismo borde del igualitarismo.

Existen opiniones muy diversas, que incluso llegan hasta a negar que el tema racial

esté vigente en nuestro país. Sin dudas, hay en ello mucha ignorancia, un falso criterio de cómo eso afecta la unidad nacional, pero no ha faltado tampoco intencionalidad. Esto se ha expresado durante largo tiempo en la acusación de “racista” que ha tenido que sufrir, casi siempre, quien haya pretendido traer el tema a la superficie.¹

Lamentablemente, después de haber devenido durante muchos años de silencio en un “tabú”, tenemos hoy en nuestro país un gran atraso en el tratamiento del tema racial, tanto en el orden intelectual y científico, como político. Incluso una parte importante de nuestros intelectuales ni siquiera lo menciona en sus enfoques actuales sobre la realidad social y cultural de la nación cubana. Esto refleja, sin lugar a dudas, la existencia de concepciones muy diferentes dentro de nuestra intelectualidad acerca del momento histórico del proceso de consolidación de la nación cubana en que nos encontramos.

Creemos que hay que acabar de aceptar que a todos los cubanos no nos tocó el mismo lugar dentro del proceso y espacio de formación de la nación, resultando imprescindible



tener en cuenta esas diferencias, aportadas por los distintos puntos de partida, para lograr asumir una actitud más realista ante la existencia de los grupos raciales, las desigualdades sociales y la cuestión racial en la Cuba de hoy.

El discurso público es aún sumamente discreto, incompleto y no pocas veces irreproducido. Las acciones que se realizan para trabajar sobre las realidades que alimentan las desigualdades todavía existentes continúan

teniendo un sentido global, aún cuando estén enfocadas también hacia los sectores más vulnerables. Sin embargo, la variable “raza o color de la piel”, incluso dentro de una práctica de “Acción Afirmativa”, sigue sin aparecer abiertamente como un asunto de consideración dentro de la política social, o al menos no se le menciona como algo que se toma en cuenta.²

Nuestra sociedad cubana es, sin lugar a dudas, una sociedad multirracial; más bien “multicolor”. Pero resta mucho aún para que esa diversidad racial, que no es un simple problema de matices, pues encierra un largo y complejo trasfondo histórico, domine en todos los ámbitos de nuestra vida social. No se trata tampoco de un asunto de representatividad numérica, de blancos, negros y mestizos en las diferentes posiciones, sino de terminar por asumirnos como lo que somos y lograr compartirlo en igualdad de condiciones, dentro de lo cual, la cuestión de la distribución del poder aparece con mucha fuerza, porque no todos los grupos raciales están en condiciones de imponerse por igual para lograr los tan necesarios equilibrios de una sociedad verdaderamente multirracial.

Decía ese gran sabio y tercer descubridor de Cuba, Don Fernando Ortiz, que Cuba es un “ajiacó”, idea que comparto plenamente, sólo que modestamente agregaría: “el ajiacó aún se esta cocinando”. Tenemos personas que no se sienten metidas dentro de la “olla”, y que incluso quisieran lograr disminuir la intensidad de la llama. Por otro lado, dentro de la “olla” tenemos algunas carnes y viandas, más de las que hubiéramos imaginado antes de la crisis económica de los años noventa, que aún no se han ablandado. Entonces, parafraseando a Isaac Barreal, al “ajiacó” no debemos sólo calibrarlo por el resultado esperado, sino también por el proceso de cocción, realidad que no todos estamos de acuerdo en asumir, pero que es de una importancia vital para el proceso de

consolidación de la unidad de la nación, así como también para sus alianzas políticas con el resto de los pueblos colonizados del mundo y en particular con los de nuestro continente.⁴

Ante esa encrucijada nos encontramos los cubanos de hoy, aunque muchos no la entiendan o no la acepten. O tomamos acciones concretas, en todos los órdenes para que el “ajiacó” termine su cocción, o perderemos la única oportunidad histórica de terminar de construir la sociedad en la que de verdad deseamos vivir la mayoría de los cubanos. De no hacerlo, ello afectaría, al mismo tiempo, nuestra alianza con los 150 millones de afro-descendientes y con la población indígena, que en nuestro continente, ven a Cuba como un paradigma de emancipación política y social. No es posible compartir con tales grupos las ideas de que “un mundo mejor es posible” y continuar soslayando los “desafíos del color” internamente. No es posible oponernos internacionalmente al racismo y la discriminación sin combatirlo, abierta y profundamente, dentro de nuestra realidad social actual; sin abrir un debate público que termine con el cinismo y la hipocresía con que muchos cubanos, lamentablemente de todos los grupos raciales, abordan, ignoran o niegan la existencia del problema.

Cultura y educación son, en nuestra opinión, los ejércitos principales de esa batalla, porque ya está más que demostrado que aunque el racismo se haya cómodamente instalado dentro del capitalismo, acabar con este régimen social no es suficiente para terminar con la discriminación racial. Por lo cual, parafraseando a Gramsci, hay que acabar con la simple “cultura popular” y el inocuo “sentido común” de las cosas, hay que librar la batalla por la formación de la verdadera cultura revolucionaria; pues la ideología burguesa es tan fuerte que ha sido capaz de hacer creer a muchos que todas esas lacras del racismo y la discriminación son la cosa más natural de la vida.

Tengo un amigo que me dijo un día: “¿Para qué tú quieres que los negros tengan más espacio en la televisión si ya tienen un canal para ustedes solos, el deportivo?”, reproduciendo así, aunque no lo quisiera, el cinismo con que aún muchos cubanos abordan el tema. Por lo que sólo un debate abierto, desde la cultura y la ciencia, puede acabar con esa suerte de hipocresía que nada tiene que ver con una cultura en una sociedad verdaderamente revolucionaria.

Contamos con una amplísima producción cinematográfica, literaria e histórica, cultural en general, que reivindica la presencia africana en la formación de nuestra cultura nacional, pero muy poco de esa encomiable labor enfrenta directamente nuestra realidad actual, donde están presentes aún los prejuicios y estereotipos negativos sobre los no-blancos, la discriminación racial y el racismo.⁵

Las tres investigaciones más amplias de los últimos 40 años sobre el tema racial en Cuba, no han sido producidas en el país, o por intelectuales que vivan en la Isla.⁶ Nacionalmente, muy poco se ha publicado que lo aborde como un problema contemporáneo a resolver.

Tenemos una historia escrita en la que negros y mestizos aún están insuficientemente recogidos dentro del proceso de formación de la nación y su cultura, lo cual afecta seriamente nuestra identidad nacional. Hay que acabar de introducir los estudios etnoraciales a todos los niveles, éstos tienen que estar presentes constante y sistemáticamente en nuestra educación y en nuestros medios, sobre todo en la televisión.

Hay que educar para ser cubanos, no para ser blancos, como a veces hacemos, asumiendo los retos, aunque también las ganancias de introducir el color. Nuestra educación no puede ser calificada de racista, porque todos los cubanos acceden a ella por igual. Sin

embargo, todas las raíces formativas de nuestra nacionalidad y de nuestra cultura no comparten por igual nuestros planes y programas de estudio. No excluimos a negros y mestizos de nuestra educación, pero éstos, en la práctica diaria, no se sientan en las aulas a recibir una enseñanza que por igual los asuma como parte de una sociedad que es objetivamente uniétnica y multirracial.

Las cuestiones relativas a la formación de una identidad “multirracial” o “multicolor” tienen que acabar de tomar su lugar dentro de la educación cubana, pues se trata de un problema que nos afecta a todos, al afectar la identidad de la nación vista como totalidad. Mientras ello no sea así, no estaremos realmente educando para ser cubanos.

NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA

1. Ya en marzo de 1959, cuando Fidel Castro planteó la cuestión de la discriminación racial como una lacra necesaria de darle solución, hubo quienes no lo apoyaron e incluso llegaron a predecir situaciones difíciles y desagradables. Hoy, después de haberlo considerado por tantos años como un asunto ya resuelto, no es extraño que esas mismas actitudes continúen existiendo. (Nota del Autor)
2. Sin dudas, todas las medidas recientemente adoptadas en el 2005 relativas al incremento de las pensiones, el salario mínimo y la distribución de productos de primera necesidad de forma subsidiada, profundizan en una política social que siempre ha tenido un contenido profundamente humanista, lo que sin dudas beneficia a negros y mestizos, como los grupos raciales proporcionalmente más presentes entre los pobres. (Nota del Autor)
3. La imagen del ajíaco criollo nos simboliza bien la formación del pueblo cubano. Sigamos la metáfora. [...] Esa es Cuba, la olla puesta al fuego de los trópicos [...]. Y ahí van las sustancias de los más diversos géneros y procedencias. La indiada [...]. Con los blancos de Europa llegaron los negros de África [...]. Y luego los asiáticos [...]; y los franceses [...]; y los angloamericanos [...] Con todo ello se ha hecho nuestro nacional ajíaco. Ortiz, Fernando. *Los Factores Humanos de la Cubanidad*. Molina y Cía. La Habana. 1940: 12
4. Isaac Barreal “Retorno a las Raíces”, Fuente Viva, La Habana, Cuba, pp. 154-155.
5. Ver: Pedro de la Hoz, “África en la Revolución Cubana: nuestra búsqueda de la más plena justicia”. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2005.
6. Se trata de los libros de Aline Helg, Jorge de la Fuente y Carlos Moore.